

nos de normalización» de la relación entre teólogos y pastores. El capítulo termina con un *excursus* sobre la constitución del sujeto teológico.

Los dos últimos capítulos se ocupan de dos cuestiones de gran interés en nuestros días: el lenguaje teológico y la inculturación de la fe. El capítulo sobre el lenguaje teológico comienza exponiendo —de modo fragmentario— el surgimiento y la historia de la cuestión. Tras ello se afirma que la revelación cristiana tiene un carácter narrativo y simbólico y se dedican los siguientes apartados a esclarecer esta idea. En el contexto de la narración se menciona la cuestión de la analogía, que, sin embargo, apenas es desarrollada. Rovira se limita a situar la analogía en el contexto del lenguaje simbólico. Con el fin de evitar confusiones, se dedica un *excursus* a mostrar el carácter veritativo de los símbolos. Finalmente se insiste en que también la estructura de la fe es simbólica.

El último capítulo se dedica a la cuestión de la inculturación. Rovira explica que la inculturación es la interacción (fecundación) de la fe en las culturas y cómo la fe es regida por el principio de la Encarnación. La fe, aun trascendiendo las culturas, se encarna en ellas y, al hacerlo, discierne los valores culturales. Una vez establecidos los principios, Rovira se centra en la cultura moderna, como ámbito de la inculturación de la fe en occidente, mostrando sus elementos positivos pero también sus ambigüedades. Se pone de relieve cómo la teología no puede retroceder a un punto pre-moderno sino que debe entrar en el proceso de la modernidad aportando la visión de fe. El capítulo concluye preguntándose por las fronteras de la inculturación y los criterios y etapas de la misma.

Tras la exposición del contenido de la obra, se debe subrayar que estamos ante un libro sólido y de gran valor. Rovira tiene en cuenta los tratados clásicos sobre el tema y aborda las mismas cuestiones desde una perspectiva actual, sin olvidar por ello la tradición patristica ni a los grandes maestros del quehacer teológico. Tanto el esquema de exposición y como el desarrollo de los contenidos servirán sin duda para el fin propuesto: ayudar a que los alumnos de las Facultades y Seminarios se introduzcan en la apasionante tarea de hacer teología.

F. CONESA

Manuel BELDA, José ESCUDERO, José Luis ILLANES, Paul O'CALLAGHAN (dirs.), *Santidad y mundo. Actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de*

1993), EUNSA (Ed. Universidad de Navarra, S. A.), Pamplona 1996, 294 pp., 22 x 13. ISBN 84-313-1424-9. *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1994.

Como culminación de las celebraciones que siguieron a la solemne beatificación de Mons. Josemaría Escrivá el 17 de mayo de 1992, el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz decidió organizar en octubre del siguiente año un simposio de estudio, para evocar y analizar desde un punto de vista teológico algunos aspectos del mensaje espiritual del fundador del Opus Dei. Las actas de dicho Simposio, que se publicaron en lengua original en 1994, aparecen ahora en una cuidada versión castellana de T. Melendo.

El libro se abre con el discurso que Juan Pablo II dirigió a los participantes durante el curso de la audiencia que les concedió el día 14 de octubre. En ella el Pontífice resaltó la fuerza de la doctrina del beato Josemaría ante la nueva evangelización a la que está llamada la Iglesia, al tiempo que exhortaba a los participantes a prolongar la reflexión teológica sobre los diversos aspectos de la enseñanza espiritual del Beato: «Os invito a continuar en esta obra, porque Josemaría Escrivá de Balaguer, como otras grandes figuras de la historia contemporánea de la Iglesia, también puede ser fuente de inspiración para el pensamiento teológico».

A continuación se recogen las intervenciones del acto de apertura. En primer lugar la de Mons. del Portillo, entonces Gran Canciller del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz. Su presencia venía cualificada —en correspondencia directa con el objeto que se proponía a la reflexión— por la estrecha relación que mantuvo con la figura de Mons. Escrivá por espacio de cuatro décadas. Por eso podía animar a quienes desarrollarían las ponencias y a los demás participantes del Simposio, afirmando que «las enseñanzas centrales de Mons. Josemaría Escrivá resultan hoy universalmente conocidas»; aunque, añadía, «en su mayor parte, se incluyen en ámbitos que la teología apenas ha comenzado a explorar».

Forma también parte del acto de apertura el mensaje inaugural del Card. J. Ratzinger en el que, tras afirmar la necesidad de que el teólogo escuche la palabra multiforme de los santos, ponía de relieve «un cristocentrismo acentuado y singular» en la obra del beato Josemaría, «en el que la contemplación de la vida terrena de Jesús y la contemplación de su presencia viva en la Eucaristía conducen al descubrimiento de Dios y a la iluminación, a partir de Dios, de las circunstancias del vivir cotidiano».

Las citadas intervenciones dejan paso a las ocho ponencias que integran el Simposio, que fueron elaboradas por estudiosos de procedencias nacionales diversas: Estados Unidos, Alemania, España, Suiza, Francia e Italia. Según se aclara en la presentación, los organizadores no pretendían dar una visión completa de la enseñanza del beato Josemaría, sino abordar únicamente algunos temas de particular significación. Así, las citadas contribuciones se estructuraron en torno a tres bloques temáticos, a cada uno de los cuales se dedicó una jornada: la llamada de Dios a la santidad, la respuesta del hombre en la vida espiritual o en la oración y, finalmente, el mundo como ámbito en el que el cristiano es llamado a desenvolver su tarea.

La primera sesión desarrolló, pues, el tema de la santidad, que fue objeto de dos ponencias. Ocupa el primer lugar la elaborada por el profesor Fernando Ocariz, del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz, que bosqueja una reflexión de conjunto sobre la vocación a la santidad como concepto teológico fundamental, que sirva de marco a las intervenciones que la siguen. Con este fin, se detiene en los aspectos más relevantes de la doctrina de Mons. Escrivá en torno a cuatro puntos. En primer lugar, la dimensión cristológica, esencial a toda vocación en cuanto ésta es invitación a la comunión personal con Dios, a participar en la vida trinitaria como hijos en el Hijo y, en esa misma medida, llamada a la identificación con Cristo, a la plenitud de la filiación divina. En segundo término, el carácter omnicomprendido o universal de esa llamada a la santidad, que se desenvuelve en un doble plano. Desde un punto de vista subjetivo, porque todos los hombres son personalmente llamados, y al mismo tiempo en un sentido objetivo, ya que todas las circunstancias de la vida de cada uno pueden llegar a ser *lugar y medio* de santificación, de modo que toda la existencia de la persona queda implicada en la lógica de la vocación. Estos dos aspectos de la universalidad de la vocación se ponen bien de manifiesto en la obra del beato Josemaría, por ejemplo cuando afirmaba —ya en 1930— «que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad: no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo».

En tercer lugar, el ponente fijaba su atención en la dimensión eclesial de la vocación, y lo hacía a través de dos aspectos: la Iglesia como destinataria y, al mismo tiempo, instancia que media en toda vocación divina

cuando ejerce su misión de hacer presente a los hombres la Palabra de Dios. Finalmente, aludió a la extensión de esa llamada a liberar la creación del desorden para reconciliarla con Dios, es decir, a la dimensión cósmica como concreción del carácter universal de toda vocación y misión eclesial. Naturalmente, esos cuatro aspectos o dimensiones de la vocación se hallan estrechamente vinculados entre sí, como pone de relieve otro texto del beato Josemaría que recoge también Ocariz: «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios».

Todavía en la primera jornada, William May, de la Sección de Washington del Instituto Juan Pablo II para el estudio sobre el matrimonio y la familia, centró su atención en la perspectiva sacramental de la santidad, y más concretamente en el bautismo como sacramento que constituye a todo hombre en hijo de Dios y le aporta la condición primaria de fiel que le introduce en la comunidad eclesial. En un segundo momento, el autor dirigió su mirada al bautismo como realidad de gracia o don que capacita al cristiano para desempeñar la misión que tal llamada le otorga.

La vida espiritual o, en otras palabras, la respuesta de fe por parte del hombre a la llamada que recibe de Dios, fue el objeto de las tres ponencias que componen la segunda sesión. El dominico Georges Cottier, teólogo de la Casa Pontificia, analizó la enseñanza espiritual del Beato Josemaría para extraer algunas conclusiones sobre la oración y la estructura fundamental de la fe en el marco de la nueva evangelización. Así, considera que tanto el sentido de la libertad, con la que el hombre responde a Dios desde las circunstancias concretas de su existir —que conforma en una visión colectiva una realidad plural, ajena a toda uniformidad—, como la conciencia del carácter sobrenatural de la propia vocación constituyen dos ejes que guían la concepción de la vida espiritual propia de Josemaría Escrivá.

La filiación divina como realidad de raíz dogmática, pero también su presencia en la conciencia de quien la experimenta y la hace vida propia, así como una espiritualidad consiguientemente marcada por la matriz cristocéntrica que emerge de ella, fueron los temas que ocuparon a Jutta Burgraff, del Instituto Académico Internacional de Estudios sobre el matrimonio y la familia, y Antonio Aranda, Decano de la Facultad de Teología del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz. Éste último, al analizar al cristiano como *alter Christus e ipse Christus* en los escritos de Mons. Escrivá

vá, apuntaba que la imagen cristológica fundante del pensamiento del fundador del Opus Dei es la condición sacerdotal de su humanidad y de su misión. De ella emerge una profunda visión eclesiológica apoyada en la unidad, distinción y complementariedad entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial.

Como se ha indicado, la tercera jornada abordó algunos aspectos de la posición y misión en el mundo del cristiano que se sabe llamado a dotar de plenitud de sentido las realidades terrenas. G. Dalla Torre, Rector de la Libera Università Maria SS. Assunta de Roma, J. L. Illanes, de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, y J. L. Chabot, de la Universidad de Grenoble, desarrollaron su trabajo en torno a algunos puntos de la enseñanza espiritual del Beato que resultan esenciales en este contexto. Entre los temas abordados, que nutrieron después el diálogo, figuran la perspectiva teologal como realidad que se proyecta sobre la entera actividad del cristiano y confiere una sólida unidad a todas las circunstancias y sucesos de su existir; la santificación del trabajo profesional, entendido como factor aglutinante de la vida ordinaria, que configura y dota de estructura la existencia completa de la persona y de las comunidades, con la consiguiente responsabilidad del cristiano frente al mundo y a la historia; la libertad y el pluralismo —en el interior de la unidad de la fe— como exigencias que la trascendencia del misterio cristiano comporta para el creyente; etc.

La cercanía antes aludida de Mons. Álvaro del Portillo con la persona y la obra del beato Josemaría, explica la solicitud que le dirigió la Comisión organizadora de extender la breve intervención de apertura en una consideración más amplia que culminara los trabajos de las tres jornadas. Esta reflexión, que se recoge efectivamente a modo de conclusión, se proyecta igualmente, como no podía ser de otro modo, sobre los tres núcleos que centran la atención del Simposio, con el propósito de subrayar alguno de los rasgos esenciales comunes a las enseñanzas de Josemaría Escrivá.

Con ocasión de esa conclusión, Mons. del Portillo ponía de manifiesto que «en la espiritualidad del beato Josemaría, el sentido de la filiación divina resulta inseparable del sentido de la Cruz, en cuanto conciencia, por un lado, de una gracia que configura con Cristo, y, por otro, de un don que debe ser continuamente ejercitado en el esfuerzo de un seguimiento del Señor auténtico, sin concesiones». Y para completar la afirmación precedente agrega: «por eso, ser hijo de Dios consiste también en haber sido llamados a la imitación de Cristo, a modelar la creación entera —y, sobre todo, las inteligencias y los corazones de los hombres— sobre el modelo y a través del signo salvífico de la Cruz, que impone en nosotros el sello

de una total identificación con el querer paterno de Dios». Ambas realidades se encierran en una expresión sintética del beato Josemaría que, en palabras de A. del Portillo, constituyen al mismo tiempo todo un programa de acción: «Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (...) consiste, pues, en introducir todas las actividades terrenas en el dinamismo sobrenatural que mana de la Cruz de Cristo. Vencido el pecado y redimidos los hombres, también el mundo, mediante la santidad y el trabajo santificado de los hijos de Dios, se coloca en el camino de la santificación, por cuanto su desarrollo queda orientado hacia la finalidad que constituye su razón de ser originaria: la manifestación de la Bondad y de la Belleza divinas, el anuncio de la paternidad amorosa de Dios, su glorificación».

R. MUÑOZ DE JUANA

Rino FISICHELLA (ed.), *La teologia fondamentale. Convergenza per il terzo millennio*, Ed. Piemme, Casale Monferrato 1997, 294 pp., 15 x 23. ISBN 88-384-2726-7

En septiembre de 1995 tuvo lugar un Congreso Internacional de Teología Fundamental en la sede de la Universidad Gregoriana (Roma). Ahora se publican sus Actas. El organizador del Congreso y editor de sus Actas, Rino Fisichella (Univ. Gregoriana) testimonia que en la génesis de esta reunión científica se expresa la voluntad de consenso acerca del estatuto de la teología fundamental, la cual esperanzadoramente va tomando progresivamente estructuras cada vez más *convergentes*.

El contenido del libro relativiza en buena parte este optimismo. Ciertamente, y ello es muy importante, el hecho mismo de tener lugar este Congreso reuniendo a figuras muy conocidas de esta disciplina teológica —A. Dulles (Univ. Fordham); C. Izquierdo (Univ. de Navarra); M. Seckler (Univ. Tübingen) y D. Tracy (Univ. de Chicago), entre otros— es un signo de que existe un diálogo entre quienes cultivan la teología fundamental; ello supone ya el reconocimiento de unos principios comunes compartidos generalizadamente y la esperanza de alcanzar aún una mayor unanimidad. Con todo, cabría destacar ausencias significativas entre los ponentes: J. Ratzinger, R. Latourelle, Cl. Geffré, G. Ebeling, P. Eicher, G. O'Collins, por mencionar algunos nombres profusamente citados en el «Índice de Autores» que remata esta obra.

Por otra parte, los discursos de la mayor parte de los Ponentes se atienen a ese deseo de fundamental concordancia, aunque para ello deban